

THE WALL STREET JOURNAL.

EL ENSAYO DE LOS SÁBADOS

La cura capitalista para el terrorismo

El poder militar por sí solo no derrotará al Estado Islámico y a otros de su clase. Los Estados Unidos deben además promover un empoderamiento económico.

Por HERNANDO DE SOTO

Oct. 10, 2014 4:43 p.m. ET



Como sabe cualquiera que haya caminado por las calles de Lima, Túnez o El Cairo, el capital no es el problema—es la solución. *Edel Rodriguez*

A medida que los Estados Unidos se interna en un nuevo escenario en la guerra contra el

terrorismo, podría perder su mejor oportunidad de hacer retroceder al Estado Islámico y a otros grupos radicales de Medio Oriente si no despliega un arma crucial pero poco usada: una agenda agresiva para el empoderamiento económico. Ahora mismo, solo se habla de ataques aéreos y maniobras militares, lo cual es de esperarse cuando se enfrenta uno a criminales resueltos a causar desorden y destrucción.

Pero si la meta no es solo debilitar lo que el Presidente Barack Obama llama, con justa razón, la “red de la muerte”, sino, sobre todo, imposibilitar que los líderes radicales recluten terroristas, entonces el mundo occidental debe aprender una lección simple: La única manera de ganar la batalla en pro de las poblaciones que nutren a los grupos terroristas es la esperanza en una mejora económica.

Algo sé de esto. Hace una generación, gran parte de América Latina se encontraba en una profunda agitación. Hacia 1990, Sendero Luminoso, una organización terrorista de corte marxista-leninista, se había apoderado del control de gran parte de mi país natal, Perú, donde me desempeñaba como asesor principal del Presidente. La opinión de moda sostenía que los rebeldes eran los esclavos asalariados, empobrecidos o subempleados de América Latina, que el capitalismo no funcionaba fuera de Occidente y que las culturas latinas realmente no entendían la economía de mercado.



En Túnez, los miembros del órgano sindical principal realizaron una protesta pidiendo al gobierno liderado por el partido islamista Ennahda a dimitir, 4 de dic. De 2013. *Reuters*

Sin embargo, la sabiduría convencional demostró estar equivocada. Las reformas otorgaron a los empresarios y agricultores indígenas control sobre sus activos y un nuevo y más

accesible marco legal dentro del cual podían conducir los negocios, celebrar contratos y obtener préstamos—estimulando un aumento del nivel de vida sin precedentes en el Perú.

Entre 1980 y 1993, el Perú ganó la única victoria contra un movimiento terrorista desde la caída del comunismo sin la intervención de tropas extranjeras ni de un apoyo financiero externo significativo para sus fuerzas armadas. A lo largo de las últimas dos décadas, el producto bruto interno per cápita del Perú creció dos veces más rápido que el promedio del resto de América Latina, y el crecimiento de su clase media fue cuatro veces más rápido.

Hoy en día escuchamos el mismo pesimismo económico y cultural acerca del mundo árabe que se escuchó sobre el Perú en los años ochenta. Pero ahora tenemos mejor conocimiento. Así como Sendero Luminoso fue derrotado en el Perú, también los terroristas del Medio Oriente y África del Norte podrán ser vencidos a través de reformas que creen electorados imparables en busca de un incremento en el nivel de vida.

Para hacer realidad esta agenda, los únicos requisitos son un poco de imaginación, una robusta dosis de capital (inyectado de abajo hacia arriba) y un liderazgo gubernamental que construya, simplifique y fortalezca las leyes y estructuras que impulsan el florecimiento del capitalismo. Como sabe cualquiera que haya caminado por las calles de Lima, Túnez o El Cairo, el capital no es el problema—es la solución.

Esto es lo que pasó en el Perú en pocas palabras: Sendero Luminoso, dirigido por Abimael Guzmán, un ex profesor universitario, intentó derrocar al gobierno peruano en la década de los ochenta. Inicialmente, el grupo suscitó la atención de algunos campesinos extremadamente pobres, con quienes compartían una desconfianza profunda en contra de las élites peruanas. Guzmán se presentaba como el salvador de los proletarios que habían languidecido durante demasiado tiempo bajo los abusivos capitalistas del Perú.

Lo que modificó el debate, y finalmente la respuesta del gobierno, fue comprobar que los pobres en el Perú no eran obreros ni campesinos desempleados o subempleados, tal como sostenía la creencia convencional de la época. Más bien, la mayoría eran pequeños empresarios que operaban en la economía “informal” del Perú. Representaban el 62% de la población y generaban el 34% del producto bruto interno—y habían acumulado alrededor de 70 mil millones de dólares en activos inmobiliarios.

Esta nueva forma de percibir la realidad económica impulsó importantes reformas constitucionales y legales. El Perú redujo en un 75% los trámites burocráticos que impedían el acceso a la actividad económica, puso a disposición defensores del pueblo y mecanismos para presentar quejas contra las agencias gubernamentales y reconoció los derechos de propiedad de la mayoría. De 1990 a 1994, un paquete legislativo por sí solo, dio reconocimiento oficial a 380 mil empresas informales, creando alrededor de 500,000 puestos de trabajo formales y produciendo USD \$ 8 mil millones en ingresos fiscales.

Estas medidas dejaron a los terroristas del Perú sin bases sólidas en las ciudades. Sin embargo, en el campo eran implacables: Para 1990, habían asesinado 30,000 campesinos

que se habían resistido a ser incorporados a organizaciones colectivistas. Según un informe de la Corporación Rand, Sendero Luminoso controlaba el 60% del Perú y estaba a punto de tomar el control del país en dos años.

Las fuerzas armadas peruanas sabían que los campesinos podrían ayudarlos a identificar y derrotar al enemigo. Pero el gobierno se resistía a hacer una alianza con las organizaciones informales de defensa que los campesinos crearon para defenderse. Tuvimos un golpe de suerte en 1991 cuando el Vicepresidente americano de entonces, Dan Quayle, quien había estado siguiendo nuestros esfuerzos, organizó una reunión con el presidente George H. W. Bush en la Casa Blanca. “Lo que me dices”, dijo el presidente, “es que los más pequeños están, en realidad, de nuestro lado”. Había captado la idea.



Un puesto de tintes en el mercado de los domingos en el pueblo de Pisac, Perú, en el Valle Sagrado de los Incas. Las reformas otorgaron a los empresarios y agricultores control sobre sus activos y un nuevo y más accesible marco legal dentro del cual podían conducir los negocios, celebrar contratos y obtener préstamos—estimulando un aumento del nivel de vida sin precedentes en el Perú. *Dieter Telemans/PANOS*

Esto derivó en un tratado con los Estados Unidos que alentó al Perú a montar una defensa popular armada contra Sendero Luminoso y, al mismo tiempo, comprometió a los Estados Unidos a apoyar la reforma económica como una alternativa a la agenda del grupo terrorista. El Perú movilizó rápidamente un ejército voluntario mixto mucho más grande — cuatro veces mayor que el tamaño previo del ejército— y ganó la guerra en corto plazo. Como escribió el señor Guzmán en un documento publicado por el Partido Comunista del Perú en esos días, “Hemos sido desplazados por un plan diseñado e implementado por de Soto y el imperialismo Yanqui.”

Viéndolo en retrospectiva, para este logro fue crucial nuestro éxito en persuadir a los líderes

y a los políticos estadounidenses, así como a figuras clave en las Naciones Unidas, a ver el campo peruano de manera diferente: como un terreno fértil no para una revolución marxista, sino para una nueva economía capitalista moderna. Estos nuevos hábitos mentales nos ayudaron a hacer retroceder el terror en el Perú y creo que pueden hacer lo mismo en el Medio Oriente y África del Norte. Es demasiado lo que está en juego. La economía informal del mundo árabe incluye gran cantidad de potenciales reclutas para el Estado Islámico—y donde ellos vayan, ahí irá la región.

Es bien sabido que la Primavera Árabe fue detonada en 2011, por la inmolación de Mohamed Bouazizi, un vendedor ambulante tunecino de 26 años. Pero pocos se han preguntado por qué Bouazizi decidió quitarse la vida—o por qué, al cabo de 60 días, por lo menos 63 hombres y mujeres más en Túnez, Argelia, Marruecos, Yemen, Arabia Saudita y Egipto también se prendieron fuego, enviando millones a las calles, derrotando cuatro regímenes, y conduciéndonos a la turbulencia actual en el mundo árabe.

Para entender la razón de ello, mi instituto se unió a Utica, la mayor organización empresarial de Túnez, para armar un equipo de investigación de unos 30 árabes y peruanos, quienes se desplegaron por toda la región. En el transcurso de dos años, entrevistamos a familiares y allegados de las víctimas, así como a una docena de otros inmolados que habían sobrevivido a sus quemaduras.

Descubrimos que estos suicidios no eran súplicas por los derechos políticos o religiosos o para subsidios salariales más altos, como algunos han argumentado. Bouazizi y los otros que se quemaron eran empresarios informales: constructores, contratistas, empresarios de catering, pequeños vendedores y similares. En sus declaraciones al borde de la muerte, ninguno hizo referencia a la política o a la religión. La mayoría de los que sobrevivieron a sus quemaduras y accedieron ser entrevistados nos hablaron de "la exclusión económica". Su gran meta era "*ras el mel*" (el término árabe para "capital"), y su desesperación e indignación surgieron de la expropiación arbitraria del poco capital que tenían.

Las dificultades de Bouazizi como pequeño empresario pueden representar las frustraciones que todavía enfrentan millones de árabes. El tunecino no era un simple obrero. Era un comerciante desde los 12 años de edad. Para cuando tenía 19 años, hacía la contabilidad en el mercado local. A los 26 años, estaba vendiendo frutas y verduras de diferentes carretillas y lugares.

Su madre nos dijo que estaba tratando de formar su propia compañía y soñaba con comprarse un camión pickup para llevar los productos a otros puntos de venta para ampliar su negocio. Sin embargo, para acceder a un préstamo para comprar el camión, necesitaba tener garantías—y, ya que los bienes que poseía no estaban legalmente registrados o tenían títulos turbios, no calificó.

Mientras tanto, los inspectores del gobierno le hicieron la vida imposible a Bouazizi, exigiéndole sobornos cuando no podía mostrar licencias que eran (por motivos de diseño) prácticamente inalcanzables. El día en que se suicidó, unos inspectores habían venido a

requisar su mercadería y su balanza electrónica. Comenzó un forcejeo. Una inspectora municipal—*mujer*—abofeteó a Bouazizi en la cara. Se dice que esa humillación, junto con la confiscación de sus mercancías que representaba tan sólo \$ 225, llevó al joven a quitarse la vida.

El sistema de favoritismo de Túnez, que a cada paso exigía sobornos a cambio de protección oficial, había retirado su apoyo a Bouazizi y lo arruinó. Ya no podía generar ganancias ni pagar los préstamos que había asumido para comprar la mercancía confiscada. Estaba en bancarrota, y el camión que soñaba comprar estaba también ahora fuera de su alcance. No podía vender ni reubicarse porque no tenía título legal de su negocio para transferirlo. Fue así que murió entre llamas —llevando puestos zapatillas, vaqueros, una camiseta y una chaqueta con cremallera, todo al estilo occidental, exigiendo el derecho al trabajo en una economía de mercado legal.

Le pregunté a Salem, el hermano de Bouazizi, si pensaba que su difunto hermano había dejado un legado. "Por supuesto", dijo. "Él creía que los pobres tenían el derecho de comprar y vender". Como nos dijo Mehdi Belli, un graduado universitario en tecnología de la información que trabaja como comerciante en un mercado en Túnez, "Todos somos Mohamed Bouazizi".

El hombre de la "calle árabe" quiere encontrar su lugar en la economía capitalista moderna. Sin embargo cientos de millones de ellos no lo han logrado debido a las restricciones legales, que tanto líderes locales como élites occidentales frecuentemente desconocen. Han terminado como refugiados económicos en sus propios países.

Para sobrevivir, han ido construyendo cientos de discretos acuerdos anárquicos, a menudo denominados "economía informal". Lamentablemente, ese sector es visto con desdén por muchos árabes y expertos en desarrollo occidentales, que prefieren bien intencionados proyectos de caridad como la distribución de mosquiteros y suplementos nutricionales.

Pero los que formulan las políticas no se percatan de los riesgos reales: Si la gente común en el Medio Oriente y el Norte de África no puede participar en el juego legalmente —a pesar de sus heroicos sacrificios— mucho menos serán capaces de resistir una ofensiva terrorista, y los más desesperados entre ellos pueden incluso ser reclutados para la causa yihadista.

Puede que los expertos occidentales no se percaten de estas realidades económicas, pero éstas son comprendidas cada vez más en el propio mundo árabe, como he aprendido pasando un tiempo allí. Durante el año pasado, he presentado, en conferencias por toda la región, nuestras conclusiones a los líderes empresariales, funcionarios públicos y la prensa, mostrándoles cómo los millones de pequeños empresarios extralegales como Bouazizi pueden cambiar las economías nacionales.

Por ejemplo, cuando el nuevo presidente de Egipto, Abdel Fattah Al Sisi, nos pidió que actualizáramos nuestras cifras de su país, descubrimos que los pobres en Egipto reciben iguales ingresos por retorno sobre el capital como por los salarios. En 2013, Egipto contaba

con aproximadamente 24 millones de ciudadanos asalariados, clasificados como "trabajadores". Ganaron un total de cerca de \$ 21 mil millones al año, pero también poseían alrededor de \$360 mil millones de capital "muerto"—es decir, capital que no se podía utilizar con eficacia porque existe en las sombras, más allá del reconocimiento legal.

Para ponerlo en perspectiva: Eso equivale, más o menos, a cien veces más de lo que Occidente va a otorgar a Egipto este año en asistencia financiera, militar y para el desarrollo—y ocho veces más que el valor de toda la inversión extranjera directa en Egipto desde que Napoleón lo invadió hace más de 200 años.

Por supuesto, incluso ahora los estados árabes tienen leyes que permiten que los activos sean apalancados o convertidos en capital que puede ser invertido y ahorrado. Pero los procedimientos para hacerlo son impenetrablemente engorrosos, especialmente para aquellos que carecen de educación y contactos. Para los pobres en muchos países árabes, puede tomar años hacer algo tan simple como legalizar un título de propiedad inmueble.

En una reciente conferencia en Túnez, les dije a los líderes, "Ustedes no tienen la infraestructura legal para que los pobres entren en el sistema".

"Ni que lo diga", dijo un hombre de negocios. "Siempre hemos estado a favor de los empresarios. Su profeta echó a los mercaderes del templo. Nuestro profeta era un mercader"!



En el Perú, los residentes y miembros de la fuerza de autodefensa de Huanta se reunieron el 27 de abril de 1992 para celebrar la creación de dichas fuerzas por el gobierno del presidente Alberto Fujimori para combatir los terroristas de Sendero Luminoso. Durante las próximas dos décadas, el PBI per cápita del Perú creció dos veces más rápido que el promedio en el resto de América Latina. *Agence France-Presse/Getty Images*

Muchos grupos empresariales árabes esperan con entusiasmo una nueva era de reformas legales. En su muy discutido discurso del 2009 en El Cairo, el presidente Obama habló del profundo compromiso estadounidense con "el estado de derecho y la administración equitativa de la justicia". Pero los Estado Unidos aun no apoya la agenda de la reforma legal y constitucional en el mundo árabe, y si vacilan en ello, las potencias menores también lo harán.

Washington debería apoyar a los líderes árabes que no sólo resisten el extremismo de los yihadistas, sino también a los que escuchan el clamor de Bouazizi y de los demás que dieron sus vidas para protestar por el robo de su capital. Bouazizi y sus semejantes no son personajes secundarios en el drama de la región. Son sus protagonistas.

Con demasiada frecuencia, la forma occidental de pensar acerca de los pobres del mundo los ciega ante los hechos. Resulta que en el Medio Oriente y el Norte de África, legiones de aspirantes a empresarios están haciendo todo lo posible, contra todo pronóstico, para abrirse paso hacia la clase media. Y esto es cierto en todas las regiones, pueblos y religiones del mundo. Las aspiraciones económicas superan las sobrevaloradas "brechas culturales" que se invocan tan a menudo para racionalizar la inacción.

Como han demostrado en los últimos años países desde China y Perú a Botsuana, los pobres se adaptan rápidamente cuando cuentan con un marco de normas modernas relacionadas a la propiedad y al capital. La clave es comenzar. Debemos recordar que, a lo largo de la historia, el capitalismo ha sido creado por los que una vez fueron pobres.

Les puedo decir de primera mano que los líderes terroristas son muy diferentes que sus reclutas. Los líderes radicales que conocí en el Perú eran generalmente asesinos a sangre fría, planificadores tácticos con ambiciones inquebrantables de tomar el control del gobierno. La mayoría de sus simpatizantes y aspirantes a reclutas, por el contrario, hubieran preferido ser agentes económicos legales, que podían crear una vida mejor para ellos y sus familias.

La mejor manera de acabar con la violencia terrorista es asegurarse que las retorcidas invocaciones de los líderes terroristas caigan en oídos sordos.

El señor de Soto es el fundador del Instituto Libertad y Democracia en Lima, Perú, el autor de "El Misterio del Capital" y el anfitrión de los documentales "Héroes improbables de la Primavera Árabe".